

mos las leyes de la psicología femenil. *Las de arriba*, sin tratar á nadie, conocen á todo el mundo, y saben de memoria — algunas veces con exactitud — los hábitos, los gustos, hasta los diminutivos del nombre de pila de *las de abajo*; y por ese diminutivo, y no por el título nobiliario, las designan siempre, con alarde de confianza. Cosa curiosa y muy española: aquí mientras á los grandes escritores ó grandes políticos nunca se les suprime el respetuoso *don*, y sólo hay clásicamente un *D. Benito*, un *D. Emilio*, un *D. Antonio*..., á los duques, á las duquesas, se les trata con llaneza encantadora, y quien haya tenido el capricho de colarse en el paraíso del Real, infaliblemente habrá oído á alguna señorita de la clase de *Miaus* exclamar con desenfado: «Ya llega Pepe Tamames.»

De aquí conviene deducir que las altas clases, lejos de usufructuar el espectáculo, en realidad formaban parte de él, y algún derecho tendrían á que el empresario ofreciese, ya que no parte en las ganancias, siquiera un delicado obsequio, un cacharro con flores ó un cartucho de dulces por palco, en Navidades ó en Pascua de Resurrección.

No era solamente la curiosidad, el afán de contemplar de lejos á la *high life*, lo que poblaba las altas regiones del gran coliseo. Algo hemos de conceder á la afición á la música, afición cada día más generalizada. No sólo hemos de concederle algo á esta afición, sino que es preciso confesar que los grandes llenos del Real se debieron á las gargantas mágicas de los Gayarres, de los Massini, de la Patti, de algunas otras estrellas... extinguidas ¡ay! casi todas. Desde que las medianías líricas, las alumnas del Conservatorio y los tenores de sesenta años invadieron ese escenario que oyó resonar el divino acento del cisne roncalés, el público se enfrió y los inteligentes de las alturas perdieron la costumbre de oír con los ojos cerrados, saboreando cada nota.

Puede la crítica buscar razones satisfactorias que expliquen la decadencia de la poesía, sobre todo de la musa romántica; mas ¿cómo explicaríamos la decadencia de las laringes? ¿Por qué no surgen hoy esos cantantes que en otro tiempo, treinta ó cuarenta años ha, electrizaran al auditorio y le transportaban fuera del mundo real con la dulzura de sus gorgoritos? No será porque las voces se coticen hogaño á menos precio que antaño. Un gran tenor, una *diva* refulgente, se harían de oro en poco tiempo; y los medianitos con que nos vamos conformando, no lo son ciertamente en cobrar. La buena voz es lo más caro y lo más raro que existe.

Estos últimos tiempos del Real han sido de abatimiento, en lo que respecta al mérito de los artistas; y cuantos tiempos recuerdo fueron fatales en lo tocante al aparato, vestuario, decoraciones y *mise en scène*. Jamás he comprendido por qué el Real había de tener el privilegio y el fuero de exhibir, sin que nadie protestase, las impropiedades más chocantes, los disparates más estupendos y las mayores ridiculeces. En el *Orfeo*, de Glück, he visto á Orfeo buscando á Euridice por una selva de cocoteros, palmeras y lianas tropicales. En *Lucia di Lammermoor* la tiple saca botas de raso y vestido de cola, para esperar á Edgardo en el parque. La banda de música que entona en el escenario la marcha de *Aida*, sopla el Triunfo de Radamés en instrumentos de fines del siglo XIX. *Norma* se pasea con zapatitos Luis XV, al pie del noble de Irminsul. Los coristas no se afeitan; parecen bandidos cuando hacen de *caballeros*, y parecen unos honrados cesantes cuando hacen de bandidos; lucen medias de algodón y botas deástico en la conjura de *Hernani*, por debajo de las amplias capas, y en *Gioconda*, donde les cumplían trajes venecianos, se presentan con una especie de birretes amelonados y unas trusas, á lo Tenorio en provincia.

Dírase que son inconciliables la propiedad y verosimilitud y el drama lírico. Jamás comprenderé por qué en *Traviata*, verbigracia, las mujeres visten á la última moda, y los hombres con casaca y peluca; ni por qué en el *Barbero de Sevilla* D. Bartolo lleva el atavío de los personajes de Molière. Estas inexactitudes serían fáciles de evitar, y contra ellas se ha clamado mil veces sin conseguir modificar la rutina.

Volviendo al Real, es evidente que lo de menos en él para casi todos los espectadores, era lo de telón adentro. La admirable orquesta compensaba las deficiencias de *atrezzo* y guardarropía, y hasta cubría los deslices de los cantantes en lid mortal con afonías y catarros. Los aplausos, los *bravos* más sinceros y ardientes que he oído resonar en el teatro lo merecí algún solo de violines, algún preludio, alguna sinfonía — la orquesta en fin. — De la orquesta se puede afirmar que cumplió siempre bien, y en muchas ocasiones se excedió á sí misma. Debe de ser una de las mejores orquestas, si no la mejor, en Eu-

ropa. Las que oí en Londres, Viena y París no me satisficieron tanto.

Al cerrarse el Real, quién sabe hasta cuando (pues su reapertura encierra problemas muy graves, y sólo el imprevisto giro que aquí suelen tomar los asuntos podría hacer que al imprimirse estas líneas el Real funcione de nuevo), se aíslan, se disgregan, se distancian más y más las clases sociales de Madrid. Esa valla invisible, y á veces recia como el acero, que se para á los que no tienen las mismas costumbres, ni concurren á los mismos sitios, se refuerza con la falta del Real. Era el Real la única sociedad, la única reunión abierta á todo el que pudiese pagar la entrada. No falta quien lo celebre; hay quien se regocija de que sucumba el enemigo de *nuestra Talía*, el rival venturoso de los dramas y las comedias. Ahora se verá si tenía fundamento la afirmación de que era el Real el que mataba aquí el arte dramático. Antonio Vico, que ha deplorado tanto la competencia afortunada que hacían los *fioriture* á los parlamentos de Calderón, va á cerciorarse de si sus quejas eran justas. El Real ha muerto. ¿Resucitará?

De este golpe, por lo pronto, ha de quedar siempre muy dolorido. Si no me engaño, es la primera vez que sufre tal eclipse, y la primera que los abonados, hechos á tomar el Real por casa propia, identificados, digámoslo así, con el asiento que ya se amoldó al cuerpo, se ven en mitad del invierno echados á la calle, y algunos, los que no adoptaron esas minuciosas precauciones que la buena fe descuida, sangrados del bolsillo y sin esperanzas de recobrar su dinero. Ha de persistir en el ánimo y en la memoria una levadura de descontento y enojo, que en lo sucesivo servirá hasta de pretexto á la economía. Es probable que la edad de oro del Real no reflorezca nunca. Otros se felicitan de la clausura del Real, porque armoniza bien con las circunstancias críticas y con el duelo de la nación por sus hijos ausentes y por los que se ausentarán muy pronto, pues estamos próximos á ofrecer nuevo contingente al endriago que nos devora. Sobre la conducta que debe seguirse en ocasiones como la presente, hay juicios contradictorios: unos están por las gaditanas, que bailaban y cantaban bajo las bombas francesas, y otros por las mujeres de Israel, que se desgredaban y se cubrían la cabeza de ceniza cuando sus maridos é hijos tenían que combatir á los moabitas ó á la gente de Amalec. Si supiésemos de fijo que la clausura del Real contenía á los insurrectos en su marcha sobre la provincia de la Habana, ¡vaya si lo cerraríamos! A piedra y lodo y con nuestras manos propias. Por desgracia, cerrando el Real no cerramos las horribles puertas de bronce del templo de Jano.

Al pensar en que el Real permanece mudo y vacío, pienso también en la más apasionada melómana de toda España, la infanta Isabel Francisca, que escuchaba religiosamente desde la primera nota hasta la última. Mientras duraba levantada la cortina, la infanta no pestañeaba siquiera. En los entreactos manejaba los gemelos y se enteraba de la concurrencia. Tan saludable ejemplo no surtía efecto alguno. Excepto en el palco regio, se charlaba en todos durante la representación. El paraíso solía impacientarse y sisear á los que alzaban el diapason ó relán fuerte. «Aquí se viene á oír,» gruñían los impenitentes *dilettanti*. «Para meter bulla, que se vayan á sus casas.» Sin embargo, la chachara no se interrumpía. A lo sumo se velaba, poniendo sordina á las voces...

Estos puntos suspensivos que acabo de trazar, significan, oh lector, que *jam habemus...* teatro. Ha acaecido ese ser providencial y benéfico, el empresario. Corto ha sido realmente el interregno, que sirvió de descanso hasta á los músicos, ahitos de soplar en sus flautas y cornetines, y á los cantantes, que se habrán puesto á régimen de huevos crudos y pastillas de malvavisco para mondar, limpiar, pulir y refrescar las cuerdas y senos de la garganta. Organice como quiera su *troupe* el empresario, mande cantar aunque sea el *Nabuco*, la *Matilde di Sabrán* ó novedades del mismo jaez, y no tema que el público muestre descontento. Se me figura que habrá epidemia de tolerancia y peste de benignidad. Los gallos podrán pasearse libremente por las tablas, sin que se les retuerza el pescuezo con indignación artística.

No desaprovechen la ocasión los primerizos, los que sueñan con pisar ese escenario que holló la planta de Gayarre y donde todavía parece que va á surgir, produciendo corrientes y escalofríos de entusiasmo, el sin igual *pescador de perlas*. ¡Ay, y qué pocas perlas van quedando en la atmósfera; qué pocas notitas filadas, suaves, estremecedoras, caídas del collar de los ángeles; aquellas notitas que sacaban del alma el llanto y lo traían á los ojos, y de tal manera deleitaban que hacían daño casi!

EMILIA PARDO BAZÁN



CARIDAD, estatua de José Alcoverro

Bella y sentida representación de la más grande de las cristianas virtudes es el grupo escultórico modelado por el discreto artista Sr. Alcoverro.

La nueva obra de este celebrado escultor ha de considerarse como otra manifestación más de sus brillantes aptitudes.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CLAUSURA

De seguro no tiene nada que ver que el Real haya cerrado sus puertas con las malas noticias que de Cuba se reciben; y sin embargo, la falta de ese espectáculo familiar, no sólo para las altas clases, sino para la modesta burguesía madrileña, parece un síntoma de la situación congojosa y triste que estamos atravesando, y contribuye á deprimir los ánimos, esparciendo nuevas sombras en el ya enlutado horizonte.

En el Real no se divertía tan sólo la aristocracia de la sangre ó del dinero. Estoy por creer que los que más jugo sacaban á la diversión eran los aguiluchos de la entrada pesetera, y las familias sin pretensiones, contentas en el palco por asientos y en la delantera de paraíso. El mozo estudiante, comprando su entrada y vistiendo su cepillado y atrasado frac, disfrutaba ración de vista admirando bellezas en los palcos, ó ración de palique charlando con las de butacas durante los entreactos, — muchas de éstas aseguran que por los entreactos valía el Real lo que valía.

— La familia obscura y alejada del bullicio, desde sus asientos de palco, allá en las nubes, entre un hormiguero de cabezas, se recreaba en conocer, analizar y comentar las caras, los trajes, la vida y milagros de las señoras, llevando cuenta de las joyas y de los moños y adivinando casi las conversaciones, y no hay que decir si sorprendiendo las intrigas, estudio de interés muy superior al del drama lírico que en la escena se desenvuelve. ¡Y con qué incansable atención observan *las de arriba* á *las de abajo*! Es un fenómeno constante y que se explica bien si recorda-